

Sobre cómo llegué hasta aquí engañada

Elaborado por *Mariana Cuartas Camacho*

La manera en que uno llega a las grandes respuestas de la vida es, recurrentemente, trágica. Aunque es parte esencial de la naturaleza humana pensar en la muerte —nótese que las primeras civilizaciones estuvieron marcadas por el culto a la muerte—, no todas las personas llegan a sentir la necesidad física, emocional y moral de tomar su propia vida; yo sí, y hace unos meses escribí sobre eso:

En verdad no sé cuándo empezaron los problemas; supongo que todos los tenemos desde el *comienzo*. Los míos se han manifestado de tantas formas diferentes, para siempre regresar, que poco a poco me he ido resignando a vivir crónicamente con ellos. O tal vez no. A veces deseo morir. A veces deseo huir de ellos y de todo lo demás porque no hay cosa buena por la que la vida no me castigue después.

Un día —o más bien una noche— me harté de tener que pelear con todo y con todos de tiempo completo; de sentirme sola, sola como un gnomo estúpido e incompetente al que solo le dirigen la palabra por lástima; me harté de esperar a que algo bueno me pasara, de reclamar una comprensión y un afecto que no merecía para nada; me harté de soñar, así que solté mis sueños para que murieran. Pero los malditos son bien fuertes: además de no morirse, me infestaron la cabeza de ilusiones vanas en su último y más animal intento de no dejarme ir.

Los sueños que me mantuvieron con vida esa noche, y que lo siguen haciendo, responden a un capricho vocacional, reminiscencia del culto primitivo a la muerte, que ha estado en mí desde que tengo memoria: me gusta contar historias y, presumiblemente, soy buena haciéndolo. Una de las teorías acerca de por qué los seres humanos empezaron a realizar dibujos en las rocas y en las paredes de las cuevas propone la adquisición de una conciencia de la muerte, de la volatilidad del ser, y el consecuente deseo de vencer lo invencible como las razones principales. Algo así me sucedió a mí: de repente pensé que, si yo moría, nadie iba a publicar, ni mucho menos leer, las historias que escribía —ante todo porque ni siquiera las he terminado todavía—. El simple pensamiento de que todo ese rico mundo iba a convertirse en vacío silencio con mi muerte causó tanto dolor que resolví seguir viviendo, pese a todo el sufrimiento que provoca la existencia.

Saber que, estando al borde de la muerte, lo único en lo que pude pensar fue en mis creaciones me indicó que ese era el norte de mi vida. Esto sucedió cuando no me había graduado del colegio aún y estaba en la terrible encrucijada de escoger carrera. La epifanía *pre mortem* que acabo de describir me llevó a pensar “¡Claro! Tengo que estudiar algo con libros”, pero literatura no porque me moría de hambre; tenía que buscar otra opción y agarré lo que creí que mejor se adaptaba. Así es como terminé aquí, creyendo que un editor era lo mismo que un escritor o que, si había alguna diferencia, no era para tanto la cosa.

La revolución de Cooper

17 años son muy poca edad, especialmente si de tomar decisiones se trata. A los 17 años yo todavía creía que el comunismo funcionaba, pero que el Acuerdo de La Habana había sido de lo peor para el país; a los 17 años todavía creía que un buen discurso jalaba más que el dinero, y que el Partido Verde era la panacea —todavía creía en las panaceas, qué más decir—; a los 17 años pensaba que los *huskies* siberianos eran los mejores perros del universo y que todo se iba a solucionar cuando tuviera uno durmiendo en el sofá de la familia. 17 años son, en definitiva, muy poca edad para decidir qué vas a hacer con tu vida. ¿Qué clase de

jovencito superdotado diría, a los 17 años, que quiere ser editor? Para eso necesitaría saber cuál es la labor de un editor y yo, por lo menos, no tenía ni idea. Todo esto me recuerda a una de las novelas que estoy escribiendo y, como ya me aburrí de escribir sobre lo que creía a los 17 años, voy a pasar a contarles lo que creía a los 14, cuando se me revolucionó la cabeza.

No sé si las personas de RBA Libros (hoy propiedad de Penguin Random House) sabían lo que estaban haciendo cuando clasificaron *Los Juegos del Hambre* como literatura infantil y juvenil. “Dale un libro a un niño y cambiarás el mundo”, montan las tías en su muro de Facebook; bueno, dale *Los Juegos del Hambre* y habrás creado un idealista antisistema convencido de que una sola muchacha de 17 años puede cambiar el mundo, que fue lo que me pasó a mí.

Cuando leí *Los Juegos del Hambre* por primera vez, estaba atravesando la etapa más dura del bachillerato en un colegio muy, muy tóxico y vivía en una ciudad tan desorganizada y disfuncional que roza con lo distópico —lo escribo en presente porque, desafortunadamente, Cali sigue siendo así—. Lo que extraje de la saga es que la gente *mala* (*bullies*, agentes de tránsito, Donald Trump) debía ser ajusticiada por las cosas inmorales que le hacían a la gente *buen*a (yo). En ese momento, yo era Katniss y estaba obsesionada con imponer mi justicia; solo había un problema: yo tenía 14, no 16 ni 17, que es la edad en la que uno se convierte en héroe. Entonces, ¿qué podía hacer?

Micaela Cooper es la heroína de la novela que les mencioné. Existe en una Tierra distópica en la cual América Latina es —oficialmente— el patio trasero de los Estados Unidos y el capitalismo se ha vuelto aún más salvaje. Corre el año 2049 y, adivinen, *Cooper tiene 17 años*. Así que, como ella ya está en una edad ‘apropiada’ para hacerlo, comienza una revolución contra el sistema opresor que rige su universo.

En el primer manuscrito, la revolución de Cooper comenzaba con cosas como *derribar* los semáforos torpemente colocados por Planeación Territorial en la ruta de mi casa al colegio¹. Aunque ni se me pasó por la cabeza en ese entonces, creo que lo más importante de aquella diatriba incoherente es la materia involucrada en los tales actos revolucionarios: el semáforo —de metal, que representa a las industrias y al pseudo control de un Estado fracasado— y el hacha con que Cooper lo derribaba —una herramienta hechiza, rural, que abandona su función original para enfrentarse al sistema—. Divino ¿no? Pues yo encuentro un problema: en Colombia no hay hachas, hay machetes; y la elección del hacha como elemento rebelde responde a la influencia de la iconografía gringa, a su apropiación profunda e inconsciente. En resumen, la revolución era una mentira; así de importante es la materialidad.

Ahora voy a arrojarles un dato muy raro, pero que luego tendrá sentido (lo juro): la razón por la que de adultos somos menos quisquillosos con los alimentos que de niños es porque, mientras un adulto promedio tiene 10.000 papilas gustativas, un niño tiene 30.000 y esto los hace más sensibles a los sabores amargos; a medida que vamos perdiendo sensibilidad degustativa, sabores como los del café y las acelgas se hacen más soportables². La experiencia de probar estos nuevos sabores lleva también a que se abran en nosotros nuevas rutas neuronales que permiten el disfrute de sensaciones más fuertes, como la amargura o la

¹ En mi defensa, aclaro que, cerca de cinco años después de la escritura del manuscrito, toda la vía tuvo que ser remodelada y, el semáforo, removido, porque eran completamente inoperantes. Pueden leer más sobre el tema aquí:

<https://www.cali.gov.co/infraestructura/publicaciones/166547/continuan-adecuaciones-de-la-via-cali---jamundi-para-entrega-de-obra/>

² <https://www.xataka.com/magnet/que-al-hacernos-mayores-empiezan-a-gustarnos-sushi-pasas-asi-evolucionan-nuestro-gusto>

acidez de ciertos alimentos. Luego, durante la vejez, nuestro sentido del gusto vuelve a reducirse, lo cual me trae a la conclusión de que, si nuestros gustos cambian junto con nuestro cuerpo, nuestra forma de pensar también debe hacerlo.

A mis 14 años pensaba que lo mejor para la historia era que la revolución tuviera éxito; a los 17 caí en cuenta de que no era tan fácil llevar a cabo una revolución —menos a esa edad—, pero seguía creyendo que la causa era demasiado justa como para abandonarla y decidí darle un final en suspenso; ahora, a los 21, me enredé como todo adulto en un montón de aspectos técnicos, jurídicos y socioeconómicos que hicieron tropezar a la revolución de Cooper y la mataron —o, al menos, la van a obligar a mutar—.

No voy a dar más detalles porque le tengo miedo a los *spoilers*. El caso es que, aunque yo quiera matar las revoluciones, no puedo hacerlo. De una u otra forma, siempre termino luchando por lo que me parece justo; esa resulta ser mi naturaleza, no solo como escritora, sino también como editora. Puedo cambiar —puede pasar de gustarme solo el queso mozzarella a gustarme también el *brie* y el gorgonzola—, pero mi ímpetu rebelde será ineludible en todas las ocasiones —como el gusto por el queso—.

Cuando a una niña le pasan *Los Juegos del Hambre* sin más instrucciones que la intuición, desarrolla la soñadora creencia de que puede cambiar el mundo. A los 14, como es de esperarse, me tomé la revolución de manera literal. Ahora, aunque quisiera decir que por fin he puesto los pies sobre la tierra, me encuentro forzada a admitir que lo único que ha cambiado ha sido la creciente capacidad de mis papilas literarias para tolerar los sabores amargos de la realidad y, ese crecer, me ha llevado a buscar en los libros un mundo en el que la revolución sea posible.

Como lo habrán notado, soy terca como una mula, lo cual, en ocasiones, no está del todo mal. A uno como mujer le toca ser bien parado en esta vida para que no se lo lleven por delante; sin embargo, no pienso justificar con eso todas las cosas de dudosa sanidad que hago como editora y miembro (in)operante de la sociedad. Admito que, en más ocasiones de las que me gustaría, aquello que me hace quien soy se convierte en lo que me destruye, una cosita sonriente y resbalosa que de repente crece y no me deja hacer nada; mi vicio y la clave de todas mis victorias: la perfección.

Los estatuarios

En otra de mis novelas, una sociedad postapocalíptica ha designado a un grupo selecto de personas como embajadores de la futura humanidad. Las personas de este grupo son conocidas como *estatuarios* y se rigen bajo la premisa de que, mientras el ser humano tenga un margen de error, la única forma de que alcance su máximo potencial será apuntar a la perfección. Cualquiera que se excuse en su humanidad para justificar el poco empeño que pone en alcanzar la perfección es considerado inferior y mediocre.

Verán, la ficción es para mí el medio más acertado y eficiente para comprender el mundo. Me atrevo a decir que una novela autobiográfica tiene tanta ficción como una novela juvenil. La *desfamiliarización*, como la llamaría David Lodge³, permite abordar con más soltura temas puntiagudos y sensibles; resalta lo absurdo, lo indignante y lo mágico en situaciones cotidianas a las que difícilmente atribuiríamos alguno de estos adjetivos. A veces, lo increíble

³ Lodge, David. (1998). *El arte de la ficción* (Trad. Laura Freixas). Ediciones Península S.A.

de la ficción es que deja al descubierto problemas en los que ni siquiera nos habíamos fijado; por ejemplo, yo me inventé a los estatuarios muchos años antes de darme cuenta de que el perfeccionismo me estaba consumiendo.

Los estatuarios tienen muchas reglas —es lógico—, entre ellas, la prohibición del consumo de cualquier sustancia aletargante; por el contrario, beber, inhalar o inyectarse sustancias que aumenten la productividad está bien visto socialmente e, incluso, se fomenta. La dupla productividad-perfección, sin embargo, es la receta de la infelicidad. Da Vinci dijo que “los detalles hacen la perfección, y la perfección no es un detalle”, pero Voltaire añadió más de 200 años después que “la perfección es enemiga de lo bueno”; Da Vinci se podía dar el lujo de ser perfeccionista porque vivió en una era preindustrial, Voltaire, por el contrario, sí alcanzó a conocer el productivismo capitalista.

Yo, editora del siglo XXI, bien debería saber que la premisa de Voltaire lleva a un camino más sano que la de Da Vinci, pero, reitero, yo llegué aquí engañada. A diferencia del editor, un autor puede pasarse la vida entera rebuscando en las minucias de su universo creativo; al ser más un arte que un oficio, el trabajo de un escritor se enriquece exponencial e infinitamente del detalle. El trabajo del editor no es tan así y, por eso, la terca búsqueda de la perfección se ha convertido en mi más reacia maña editorial. ¿Podré alguna vez conciliar al autor y al editor que cohabitan dentro de mí?

Manuel Borrás, o la solución a mi problema

El semestre pasado, la maravillosa María Elvira invitó a Manuel Borrás a nuestra clase de *Edición de contenidos digitales*. Antes de eso, nunca había escuchado hablar de Manuel ni de Pre-Textos, la editorial que fundó hace muchísimos años con unos amigos; sería muy bonito poder escribir que en ese entonces era un jovencito soñador, así como lo soy yo ahora, pero la verdad es que Manuel Borrás tiene un alma atemporal y sigue siendo igual de soñador y enérgico que cuando tenía 20 años.

En una entrevista que dio a Quimera en 2019⁴, Manuel dijo que “hay una clara línea divisoria entre el editor industrial y el literario”. Los editores industriales son aquellos que editan pensando en los resultados; los editores literarios, por otro lado, “anteponemos a la cuenta de resultados el proyecto cultural que proponemos a la sociedad”. Durante la clase le pregunté sobre ese *proyecto cultural* y él me respondió: “un catálogo debe ser una casa común, no un cajón de sastre oportunista”, luego, sonrió y dijo “Somos tres idiotas que, después de 50 años, siguen creyendo que la literatura puede cambiar el mundo”. Manuel, como editor real y experimentado, le apuesta a la revolución a través de los libros, y eso lo cambia todo para mí.

Si en algo están de acuerdo mi yo editora y mi yo autora es que un libro que valga la pena debe, por lo menos, intentar generar preguntas que obliguen al lector a detenerse y pensar más de lo que lo hace usualmente. Eso es cambio, eso es revolución, y con ella termina el engaño que me trajo hasta aquí. Ahora sé lo que hace un editor y elijo quedarme por ello. La misma pulsión que me hizo escritora hoy me hace editora. Al fin y al cabo, por más que mis papilas gustativas cambien, me seguirá gustando el queso.

⁴ <https://www.revistaquimera.com/manuel-borras-la-intuicion-del-editor-es-fundamental-para-la-supervivencia-de-la-literatura/>